

Hace calor y la bellísima Florine Mckinney, de la M. G. M., ensaya un nuevo método de refrescarse en los días veranlegos; un buen helado y una refrigeradora moderna

SIGUIENDO LAS HUELLAS DE GUILLERMO TELL

Salimos en vanguardia unos pocos, de Berlín hacia Suiza, con la difícil misión de buscar los lugares más adecuados para realizar el film que el famoso drama de Schiller nos había sugerido. Eran más fuertes la ilusión y el entusiasmo por llevar a cabo nuestra trabajo, que los recuerdos agradables y desagradables de la vida en la capital, que nos acompañaban en el viaje.

Los escasos conocimientos que teníamos de la historia del país suizo no nos asustaban. ¡Y no era vano el empeño de ir tras las huellas espirituales y los recuerdos históricos que de la gesta heroica de Tell pudieran quedar en su patria!

Para el estilo del film «Guillermo Tell», preferimos inspirarnos en los libres juegos de luz vistos en Interlaken, rechazando las sugerencias que las escenas teatrales nos ofrecían. Un espléndido y claro domingo pasado a las faldas del «Jung Frau», nos decidió a ello.

El público que, junto a nosotros, admiraba el maravilloso espectáculo que ofrecía el lago, estaba emocionado y mudo, como en Oberammergau. Al anochecer, los miles de entusiastas cantaban el Himno Nacional suizo. Cuando regresábamos de la excursión, soplabá sobre el Brünig el viento. Jirones de niebla flotaban alrededor de los enormes macizos montañosos. Pulverizándose arastraban con ellos las últimas reminiscencias que conservábamos de vestidos y pelucas. Claras y grandes, como al alcance de la mano, brillaban sobre nosotros las estrellas. Aquel día descubrimos nuestro estilo.

Guillermo Tell es un héroe de la Naturaleza. En el grandioso paisaje que ofrece el lugar de la Suiza interior, cuyo corazón está formado por el lago de Los Cuatro Cantones, tiene su trono la Libertad. Nosotros le rendimos homenaje, como lo hizo ya una vez el gran poeta alemán.

Pensábamos que al llegar nos recibirían con los brazos abiertos. No fué así. Los suizos son fríos. Como su desconfianza era manifiesta, no quisimos acrecentarla con nuestra osadía.

Una casera, con la que tropezamos en nuestra primera visita al patio Urner, en Flüelen, nos sonrió de una forma poco agradable. Nuestra primera impresión se confirmó: la hospitalaria Suiza iba a ofrecerse a la cámara cinematográfica bien en contra de su voluntad. Muchas veces nos acordamos del refrán popu-

lar que dice: «Yo no te dejo, pero ¡bendíceme si quieres!»

En un apartado rincón de Zurich, hallase la casa del Archivero de Estado, doctor Durer. Inolvidable recuerdo el de la visita a su salón de estudios, donde a pesar de su severidad penetra, todavía, un poco de aire mundial. No era cosa fácil establecer contacto entre su sabiduría y la gente de cine. Pero no costó gran trabajo. Con unas cuantas preguntas sé percató de que «los peluceros» no íbamos mal preparados. Allí conocimos su versión sobre el drama de Tell y las demás versiones.

Cuando, al despedirnos, nos acompañó el doctor Durer hasta la puerta del jardín, nos dijo: «No tengan ningún miedo en acercarse a la historia; se ofrece más viva a los que la estudian con cariño. Y, finalmente, hagan ustedes el film».

Nos despedimos llenos de alegría, como si acabásemos de sufrir un rudo examen.

Hallándonos un día delante de la casa de Guillermo Tell, comprendimos lo mucho que debíamos a aquella visita. Cuando se proyecte el film sobre el lienzo, tendrá que mostrarse, en lugar preferente, el retrato del archivero, Dr. Durer, como verdadero descubridor de los escenarios auténticos y más bellos donde transcurre la acción del drama.

¡Bravo, viejo maestro Durer! El patriotismo verdadero no es el del que solamente conoce los mitos y la historia de su país, sino el del que lleva en su corazón su comarca y su estilo.

Lo que significa ser estrella de la pantalla

Todos aquellos, y de modo particular las muchachas que aspiran a triunfar en el cine logran el ambicionado título de estrellas de primera magnitud, probablemente cambiarían de modo de pensar de prisa y corriendo si en verdad supieran lo mucho que ha de trabajar y sacrificarse el ser humano que logra obtener el titulito en cuestión.

El estrellato significa trabajo... y no poco por cierto. A decir verdad, desde que trabajo en el cine—dice Bing Crosby, estrella de la Paramount, que es quien hace estas declaraciones—no he tenido apenas ocasión para practicar el golf, juego que me entusiasma y ahora me doy vergüenza de lo pésimamente que juego. Ello me demuestra que ten-

dré que decidir entre ser estrella de cine o jugador de golf. Lo malo del caso es que el cine deja dinero, mientras que el golf sólo ocasiona gastos.

Para las mujeres es muchísimo peor y las dificultades y sacrificios son mayores. Por ejemplo, cuando la «hoja de llamada» está señalada para las nueve de la mañana, significa que debe estar lista y preparada en el «set» a dicha hora, las muchachas tienen que levantarse a las seis y media y desayunar de prisa y corriendo, para estar en el Estudio de siete a siete y media.

A esa hora el departamento de maquillaje se cuida de caracterizar para el papel que se ha de interpretar. Pintura de grasa, polvos, lápiz de cejas, sombra para párpados, pestañas postizas. Entonces pasa a manos de la peluquera y finalmente al departamento de vestuario. Y a las nueve en punto tiene forzosamente que estar lista y preparada, hasta el último detalle en el set donde se rueda la primera escena.

El trabajar bajo los sofocantes focos no es ninguna broma. Con frecuencia, a causa del intenso calor que despiden se estropea el maquillaje de mala manera y es necesario rehacerlo. Desde luego tras la toma de cada escena hay necesidad imperiosa de retocarlo un poco porque siempre sufre algún desperfecto, por muy leve que sea. Y esto sucede una hora tras otra durante todo el santo día. Una hora para comer y un cuarto de hora para tomar el té o merendar cualquier tontería. Aunque lo corriente es trabajar hasta las seis de la tarde, muy a menudo nos tenemos que quedar hasta las nueve o las diez. Y también con frecuencia abrumadora, hay que volver a la noche para apresurar la marcha de un film que conviene lanzar al mercado en seguida por causas que la Dirección solo sabe.

No crea que al salir del Estudio quedamos ya libres hasta el día siguiente. Nada de eso. Hay que estudiar el diálogo de los planos que se han de rodar al día siguiente y no es cuestión de aprenderse los de prisa y sin tino, sino todo lo contrario, con suma atención y no poco cuidado.

Y esta bromita dura de cinco a seis semanas, tiempo que, por regla general, dura el rodaje de un film corriente. Y durante este tiempo no tenemos un minuto para jugar ni divertirnos, así es que cuando llega la hora de disfrutar la semana de libertad que suelen concedernos antes de asignarnos trabajo en otra película, tenemos el correo atrasado o estamos excesivamente cansados y agotados para pensar en deportes o fiestas, y preferimos quedarnos en casa descansando, si no nos toca empalmar con otra, como sucede muchas veces. Mi único afán es ahorrar mucho dinero para retirarme pronto y recuperar mis pérdidas facultades de buen jugador de golf, que sólo Dios sabe dónde han ido a parar.

ALADY, SUFRE UN ACCIDENTE

Mientras se rodaban las escenas del salón de fotógrafo de don Casto, encarnado por el notable cómico Lepe, en la película que dirige José María Castellví «Viva la vida», el graciosísimo Alady sufrió un accidente del que no salió mal parado por verdadero milagro.

La entrada a la sala de fotografía construida para dicha película se hacía por una puerta con un gran cristal sobre el cual, en letras rojas, había pintado el siguiente rótulo: «Fotografía de arte».

Alady tenía que dejar la puerta entornada al entrar y dando un paso hacia el centro de la escena, entablar el diálogo con el fotógrafo Don Casto, su inseparable Lepe.

Todo estaba preparado para tomar la escena. Los ensayos habían salido a pedir de boca. Castellví cursó las órdenes consiguientes. Los focos inundaron la escena con sus haces de luz. Sonó el timbre ordenando silencio.

Empezó el rodaje...

—¡Vaya verbenal!— exclamó Don Casto desperezándose en un sillón.

En aquel momento se abrió la puerta e hizo su entrada en escena Alady.

—Levántese, Don Casto, levántese que ahí hay un cliente—dijo saltando de gozo.

—Un primo es lo que nos hace falta—contestó Lepe, transformado en el ocurrente Don Casto, de la película.

Terminado el diálogo Alady se volvió rápidamente para salir y lo hizo con tal mala fortuna que dió de narices en el cristal de la puerta que él creía abierta y que se había ido cerrando mientras hablaba.

El golpe hizo crispar los nervios a todos los presentes. Se temió por el popular cómico que había quedado cogido por el cuello entre las astillas del cristal que continuaban cogidas a la puerta. Alady no podía moverse ni mucho menos retirar la cabeza sin peligro de herirse. Sobre su cuello unos hilillos de sangre. Se corrió rápidamente en su auxilio. Con precaución se acabaron de romper los restos del cristal que habían resistido al golpe y Alady pudo, finalmente, verse libre de aquel peligroso anillo.

Afortunadamente el simpático cómico no tenía más que unos rasguños sin importancia cuando el accidente, por el contrario, podía haber tenido serias consecuencias.

—¡No hay como tener la cabeza dura!—exclamó Alady dando un suspiro de satisfacción al verse tan bien librado.

El operador que había continuado rodando sin inmutarse, registró el accidente con todos sus detalles. No se trata, pues, de un accidente de «reclame», sino absolutamente real, del que, afortunadamente, no se han tenido que lamentar consecuencias.

CONFESANDO A ROSITA MORENO

Lector: ¿quieres acompañarme a charlar un rato con Rosita Moreno? Su coqueta residencia, en la suave colina de Doheny Drive, siempre está abierta para los amigos de su intimidad, que no somos muchos, aunque nunca es fácil saber a qué hora podremos encontrar a la adorable estrella. Porque Rosita, en inquietud constante, apenas si está en casa más que para dormir; cuando no trabaja, la gusta asomarse a los más escondidos rincones de Hollywood, y no hay fiesta o espectáculo donde ella no se permita el lujo de refulgir en todo su esplendor. Pero ¿cómo acercarnos a ella en esos momentos en que se ve rodeada por el muro infranqueable de sus adoradores? ¿Para llegar hasta Rosita es menester ganar una batalla! Y, ya a su lado, ¿quién será el valiente que se la dispute a su caballero?... Un caballero que siempre es el mismo y que, velando por ella nos impide a todos la demasiada aproximación. Y como ese caballero es de una corrección intachable y de una desbordante simpatía, no nos queda otro recurso que el de envidiarle ¡y felicitarle!

Preferimos esperar a Rosita en los paradisiacos jardines de su casa, donde su madre, la encantadora Pilarica Moreno, nos deleita con su sabrosa charla. William Gordon, el tan activo y tan inteligente representante y promotor de todas las manifestaciones artísticas de Rosita, nos acompaña esta tarde. ¿Y de qué hablar, mientras aguardamos a la estrella?... Gordon sonríe y se limita a enseñarnos los telegramas y cables que a diario recibe, pidiéndole fechas y proponiéndole contratos. No puede complacer a todos. Apenas si hace unos meses que regresó Fosita de la América del Sur; ahora tiene compromisos pendientes en España, ¡y ya la están llamando otra vez de Sud América!... Pilar toma los cables de Sud América y suspira con nostalgia. De pronto, alegre como un cascabel, ríe detrás de nosotros Rosita, que acaba de llegar... «No suspires, mamá—dice besando a Pilar—; ¡volveremos muy pronto a Sud América! Más ganas tengo yo que tú. Y empezaremos por el Brasil, donde tan gentiles fueron con nosotras y tan cariñosamente nos esperan...»

Gordon la interrumpe: «Si, pero antes aún tienes programa para rato. Ahora, en cuanto acabes de filmar en Paramount «Ladies Should Listen», tienes que filmar en Fox «No te cases», con Valentín Parera; y en seguida «El vuelo del amor», con Mojica... Después, ¡a operarte inmediatamente! El ataque de apendicitis que tanto te asustó en Buenos Aires, y que parece has olvidado, no debe repetirse. Te operarán a primeros de julio y, en cuanto puedas embarcar, saldremos para España, ¡que los contratos son contratos, y hay que cumplirlos... Luego, si tenemos

tiempo, nos asomaremos otra vez a la América del Sur... Pero ten en cuenta que a primeros de año necesitamos estar de vuelta en Hollywood, para hacer otras tres películas... Hasta entonces no podremos ir al Brasil, ni volver a la Argentina.»

Rosita, con sincero entusiasmo: «¡Pero telegráficos que iré, que quiero ir, que estoy deseando ir!...»

Pilar, con un poco de temor: «¿Y seguiremos aplazando la boda?...»

«Pero, mmaá — exclama Rosita, como si viera en peligro su arte—, ¡si para la boda siempre hay tiempo!... Al volver del viaje, me caso...»

«¿Para no volver a viajar?...»

«¡Por lo menos, el viaje de novios! Después ¡quién sabe... A «él» no le hace gracia que yo haga películas, y mucho menos que vuelva a los escenarios. Como ni a «él» ni a mí nos hace falta seguir trabajando para poder vivir cómodamente. Aunque a mí, la verdad, ¡no me gustaría tener que pasarme la vida en casa, y sin más adorador que mi marido!... ¡Con lo simpáticos que son todos mis admiradores!... Por lo menos, para mí, ya que me colman de atenciones y nada me piden en cambio... ¿Como podré olvidarles, si me retiro a la vida privada? Y si no me retiro ¿qué pensará «él»? Porque a «él» aunque no es latino, no hay quien la convenga de que todas esas adoraciones no son más que puro platonismo. ¡Platonismo! La palabra lo dice: nada entra dos platos!

Sobre la colina de Doheny Drive la noche deslumbra como una incógnita decoración de magia. La voz cálida y cantarina de Rosita se adentra en nuestros oídos, acariciante. Nos suena con la dulzura de un beso, ¡que no es para nosotros! Y nos quedamos pensando en ese misterioso «él», con el que algún día acaso muy próximo, se va a casar Rosita, que tanto merece ser feliz... Pero, si renuncia al arte, ¿podrá serlo?... El arte y el amor son compatibles. Serás feliz, Rosita...

Miguel DE ZARRACA

Una película de Gaby Deslys

El famoso lecho que fué regalo del rey Manuel de Portugal a la encantadora Gaby Deslys, ha sido usado en la producción Columbia «La comedia de la vida», cuyo astro es John Barrymore. El lecho es obra del ebanista francés Granger, e imita la barca de Cleopatra, según la representan varios cuadros populares. El acabado es de sólido pan de oro, en relieve, con artesanos pintados a mano sobre un fondo azul oscuro.

Darryl P. F. Zanuck, el
joven y famoso director
de la «20th Century»



Darryl Zanuck
#1

Claudette Colbert, la gran actriz de la Paramount a quien muy pronto veremos en una de sus mejores interpretaciones



FilmoTeca
de Catalunya



Sylvia Sidney, la celebradísima actriz cinematográfica

Myrva Log, sugestiva estrella de la pantalla

LA ÚLTIMA CREACION DE EDDIE CANTOR «ESCAN- DALOS ROMANOS»

Según el diario profesional inglés «The Daily Film Renter», la última creación del gran cómico americano Eddie Cantor, es una espectacular comedia musical que presenta al artista en su máxima «forma» y asumiendo el papel de un ingenio muchacho yanqui del Middlewest, que sueña vivir entre las glorias de la antigua Roma. El film está realizado por armoniosas canciones, fascinadoras goldwyn «girls», atrevidos conjuntos de Busby Berkeley, un agudo diálogo y picantes «gags», terminando con una emocionante y bullanguera carrera de cuádrigas. Esta última constituye una sensación que hundirá el teatro con las carcajadas del público. Magníficos decorados, soberbias cualidades técnicas y hábil dirección. Una de las películas más divertidas que se han visto, sigue diciendo el «Daily», y un seguro éxito de taquilla, con muchos aspectos favorables a la explotación.

La metamorfosis de Eddie Cantor de un papanatas del Middlewest americano en un togado romano, es una de las cosas más cómicas que se han visto en la pantalla. No es más que un sueño, naturalmente, lo cual quiere decir que puede suceder cualquier cosa, como realmente sucede, con una venganza.

Eddie, enamorado de la historia romana, pasa la mayor parte del tiempo en el Museo de Nueva Roma, pequeña ciudad yanqui, mal gobernada por Cooper, un cacique que tiene control sobre todo lo que afecta la comunidad. Indignado por el plan de Cooper, de deshalojar a los humildes ciudadanos de sus casas para construir en aquel lugar una prisión, con considerable beneficio para él, Eddie protesta y es expulsado de la ciudad. Cae dormido y sueña que se encuentra en la antigua Roma, donde, vendido en un mercado de esclavos a Josephus, un joven patriota, asciende con velocidad vertiginosa, al cargo de catador de manjares por el Emperador Valerio, obtiene la prueba de los planes de éste para estafar a su pueblo, y es el instrumento elegido por la Providencia para salvar a Josephus y a Silvia (una princesa británica cautiva de los romanos), después de una emocionante carrera de cuádrigas. Despertando, Eddie logra desenmascarar a Cooper y salvar a sus conciudadanos.

Cantor brilla en toda su extensión de la película con extraordinaria inspiración, desplegando todo su reconocido talento de cómico con el máximo provecho. Entre los alicientes de la película hay que mencionar como el primero y más destacado, la escena de los carros romanos, que es una escena clásica de comedia ci-

nematográfica, además de ser extraordinariamente emocionante. Eddie empieza la carrera con un conductor que salta pronto por la borda. El cómico no puede caer, pues sus sandalias han sido clavadas al suelo de su carro. Corriendo sin orden ni concierto, a una loca velocidad, el vehículo se hace pedazos, quedando reducido a un par de skis sujetos a los pies del cómico. La ingeniosidad y fertilidad de recursos con que es presentado este episodio no pueden ser demasiado alabados. Hay que verlo para creerlo.

La subasta de Eddie, vendido como esclavo, pujando el propio interesado, es muy divertida, mientras que sus hazañas con los gases hilarantes en su esfuerzo por escapar al tormento, son increíblemente buenas. Con la cara embadurnada de negro y haciéndose pasar por un médico etíope, en unos baños romanos, echa abajo el teatro con las carcajadas del público. Pocos serán los que puedan resistir su aspecto lúgubre y solemne cuando, indeciso respecto a cuál de los ruiseñores está envenenado, participa en un complot para envenenar al embajador. Hay muchas otras escenas cómicas en las que Cantor provoca estrepitosas risas, y el par de armoniosas canciones que canta ofrecen otro ejemplo de su sorprendente versatilidad.

Los conjuntos creados por Busby Berkeley, son brillantes, aunque un poco menos espectaculares que de costumbre. Su número del baño en el cual innumerables «goldwyn girls» entran y salen por puertas trucadas es una bella obra de arte, con la que sólo puede rivalizar una atrevida escena del mercado de esclavos, cuyo máximo interés radica en una danza sensual bailada por las jóvenes esclavas.

Los decorados se mantienen en el lujoso plano habitual de Goldwyn; la reconstrucción de la Roma antigua tiene una gran belleza pictórica. La dirección es hábil; la acción prosigue en vigoroso ritmo a lo largo del film. El diálogo está esmaltado de las características audacias de Cantor, que provocan continuas risas. Secunda al genial cómico un escogido reparto en el que figuran David Munnors, que hace un apuesto Josephus, Veree Teasdale, la felina emperatriz, Edward Arnold, el obeso Valerio, Gloria Stuart, la bella princesa Silvia, y Ruth Etting, una antigua favorita del Emperador y notable cantante.

Digna sucesora de «Torero a la fuerza», termina el «Daily Film Renter», esta película se presta a una gran explotación y producirá una dorada cosecha en las taquillas.

Wally Patch y Hope Davy trabajan sin descanso

Por una extraña coincidencia dos de los artistas que secundan a H. B. Warner en «Sorrell e hijo» trabajaban en los Estudios de British & Dominions, cuando Jack Raymond formaba el reparto para este film y ambos fueron elegidos para interpretar papeles de marcado interés.

Habían sido contratados para la última comedia de Sydney Howard «¡Que calamidad!», otra producción British & Dominions que, como «Sorrell e hijo», presentarán los Artistas Asociados la próxima temporada en nuestras pantallas, y sus nombres son Wally Patch y Hope Davy. Ambos eran muy adecuados para los dos papeles que Jack Raymond tenía gran dificultad en proveer, y ambos se hallaban ya en los Estudios y a punto de trabajar.

Wally Patch es un actor de carácter de considerable prestigio en los Estudios británicos. Sus papeles más recientes son el de sargento mayor de un regimiento en «Orders is Orders», el jugador de poker de «Britannia of Billingsgate»; el rey de los gitanos en «Don Quijote» y el conductor de carruaje, de «The Good Companions». Era, pues, adecuadísimo para el papel de Buck, el brutal superior inmediato de Sorrell, que convierte su vida en un infierno. Está especializado en papeles de hombre rudo, pero nunca había interpretado una del calibre del de Buck.

Es curioso observar que está siguiendo las huellas del malogrado Louis Wolheim, que fué el máximo exponente de los personajes de este tipo.

Inútil es decir que fuera de la pantalla, Wally Patch es la genialidad misma, como la mayoría de sus prototipos cinematográficos.

Hope Davy entra en una categoría diferente. Antes de «¡Que calamidad!» había apenas interpretado ningún papel cinematográfico de cierta importancia.

Educada para una carrera teatral, en la Escuela de Albert Hall, entró en el mundo cinematográfico con un bagaje de experiencia escénica.

Durante algún tiempo no tuvo suerte. Actuó de extra, interpretó papeles de doncella y apareció en la pantalla en varios de esos pequeños «roles» que acostumbra a encontrar los artistas en el camino del estrellato. Por fin se destacó en «Bitter Sweet» (Dulce amargura), y cuando llegó el momento de rodar «¡Que calamidad!» (Trouble), se le confió el papel de ingenua. Su labor fué de tal modo convincente que la British & Dominions le permitió interpretar a Ethel, la estrella cinematográfica cuya «panne» contribuye a la fortuna de Sorrell y del Pelican Hotel en «Sorrell e Hijo».

Un nuevo destello de la personalidad de Sylvia Sidney

«Princesa por treinta días», la nueva producción de Sylvia Sidney, para la Paramount, nos presenta a la inteligente y bonita actriz en un aspecto que se aparta enteramente del que hasta la fecha parecía exclusivo en ella.

En primer lugar, Sylvia Sidney revela en esta cinta un nuevo destello de su personalidad que hasta ahora únicamente conocían quienes la han tratado fuera de los Estudios cinematográficos.

En «Princesa por treinta días» ha dejado por primera vez de ser la heroína perseguida por la fatalidad que la envuelve como un halo de tristeza, para ser la heroína decidida, alegre y ocurrente que es en la vida real, donde se distingue por su comunicativa alegría y espíritu bromista.

Por otra parte, el guardarropa que luce en esta película de la Paramount, no es como el que, generalmente, ha llevado en otras producciones anteriores, modesto, cuando no mísero, para conformarse así con el carácter de las heroínas que ha representado. La delicada belleza triste, alegre ahora por exigirlo así el argumento, luce en esta cinta más de treinta trajes creados por el famoso dibujante de modas Travis Banton.

«Princesa por treinta días» se ha estrenado ya en los Estados Unidos y su presentación está siendo desde hace ocho semanas, la nota del día en Nueva York, donde la película sigue en cartel con llenos rebosantes. Todo el mundo coincide en apreciar que la película es un modelo de originalidad y que Sylvia Sidney, en calidad de actriz de comedia, tiene perspectivas tan ilimitadas como las conseguidas en el drama, en cuyo género figura, indiscutiblemente, entre las primeras.

Jean Arthur, nueva estrella de Columbia

El espectador que no haya notado los nombres del elenco de «El Remolino», la reciente película de Columbia, con Jack Holt, se preguntará al ver la primera escena entre éste y una joven artista: ¿Quién es esta chica? Y la pregunta será consecuencia, no de la belleza deslumbrante de la artista, ni del gesto dramático, ni de la trágica actitud, sino simplemente de su voz, tierna, arrulladora, sensitiva, en una escena suave, sin aspavientos, sin exageraciones; una escena que cautiva por su naturalidad.

Jean Arthur, como dicen en Hollywood «ha llegado»; y ha llegado después de una larga jornada que ha tenido sus contratiempos y sus de-

cepciones. La simpática rubia principió humildemente en la época de las «óperas caballunas», como afectuosamente se les llama a las películas vaqueras. En este rudo y penoso ambiente Jean ganó sus primeros laureles arrancados entre el chaparral del desierto, no sin sufrir uno que otro rasguño. Su labor fué premiada con mejores asignaciones, y pasó a roles de mayor importancia, entre ellos uno con Emil Jannings, de grata memoria, en «Los pecados de los padres», y otras películas... luego vino la decepción para la artista que tan duro había trabajado, y el silencio por varios años. Jean, entretanto no cejaba en su intento; habíase marcado una ruta hacia el triunfo en Hollywood, y en Nueva York se preparaba ingresando en el teatro. Aquí su éxito fué tan rápido como en sus pinitos en el cine, pero más sólido y más duradero; hoy, de nuevo en Hollywood, los críticos la aclaman como una de las mejores actrices de la pantalla, indiscutiblemente la más prometedora. Jean debe este notable resurgimiento a sus propios esfuerzos; «El Remolino» fué simplemente el vehículo en que hizo su triunfal retorno a Cinelandia, que tan definitivamente ha sellado con su actuación en «¡Para siempre mía!», también de Columbia, en la cual la estrella de las múltiples modalidades tiene la oportunidad de demostrar su magnífica preparación de artista, en un rol que la lleva de la edad de la ilusión: los diecisiete, hasta la de las decepciones: a los cuarenta años de edad, desgastada por el trabajo.

Douglas Fairbanks invita a los marinos americanos a un Estudio inglés

Douglas Fairbanks invitó al comandante Cecil, ocho oficiales y veinticinco guardias marinos de los buques de guerra americanos «Arkansas» y «Wyoming» a almorzar con él en los Estudios de London Films en Elstree, para presenciar el rodaje de algunas emocionantes escenas de «El último amor de Don Juan». Estos guardias-marinos fueron elegidos entre 800 hombres de ambas unidades que prestan servicio de barcos-escuela.

Entre los principales intérpretes del film que se hallaban presentes, estaban Merle Oberon, Benita Hume y Joan Gardner. La expedición fué conducida desde Londres al Estudio en una caravana de automóviles y se esperaba que podrían presenciar el rodaje de los importantes exteriores del Carnaval, en las que debían tomar parte 400 artistas. Una lluvia que interrumpió la dilatada sequía, fué causa de que se hubiese de abandonar este plan para filmar, en sustitución de ello, varias escenas interiores.

En la primera se veía a Douglas trepar al balcón de una dama y, al

«Sorrell e hijo», juzgados por una revista profesional americana

La revista profesional americana «Motion Picture Herald» se ocupa en estos términos de «Sorrell e hijo», producción British & Dominions, que distribuyen los Artistas Asociados:

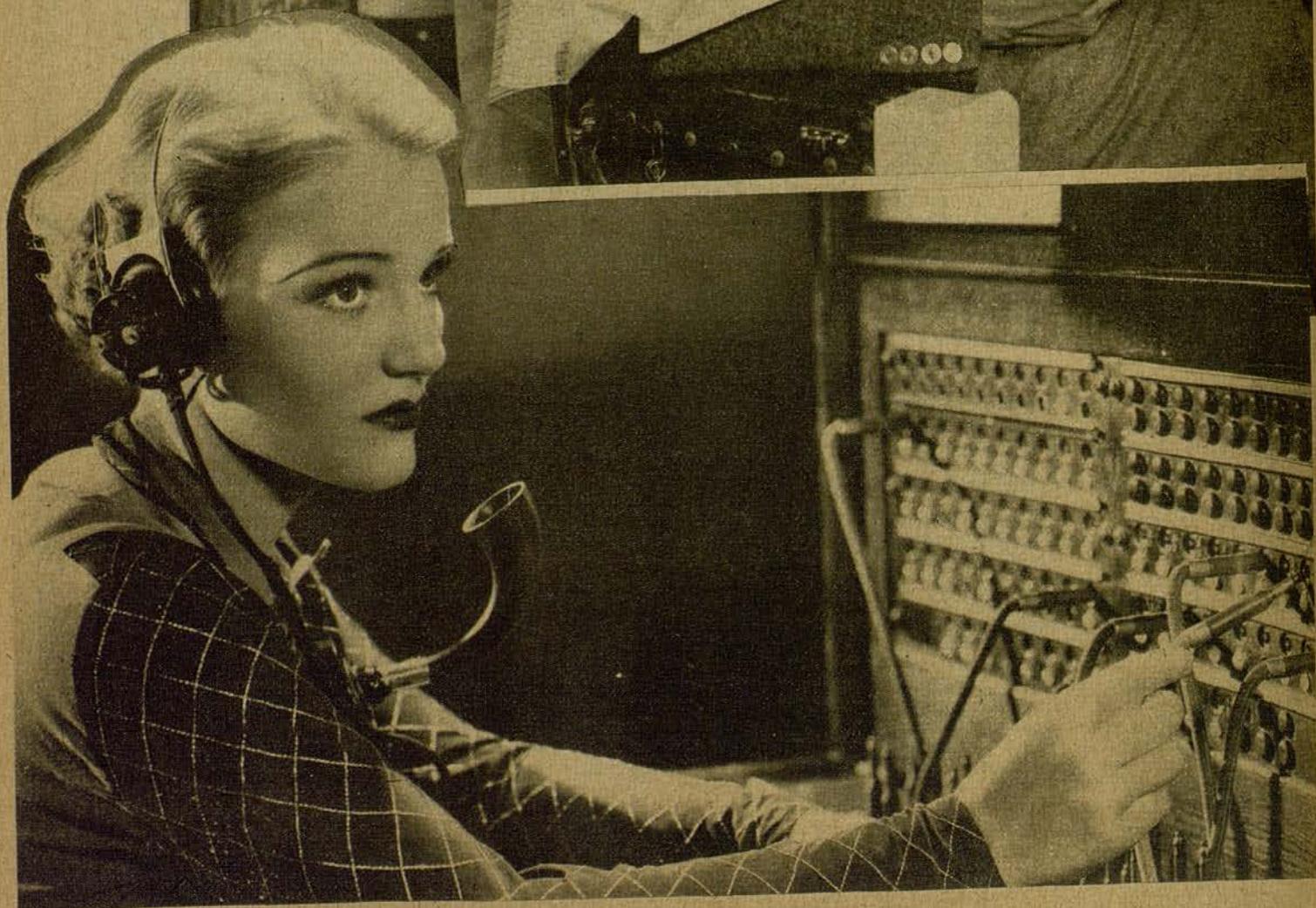
«Como sugería mi primer cablegrama, esta película constituye un excelente entretenimiento. A causa de su poderoso atractivo emocional, este film debiera encontrar una buena acogida entre todos los públicos, especialmente los de habla inglesa. Desde el punto de vista de los valores de producción puede decirse rotundamente que si hay algo que pueda perjudicar a una película bien hecha como ésta, será únicamente su origen extranjero; pues en todos los otros respetos entra en la categoría de obra cautivadora. Unas dos mil personas la acogieron entusiásticamente en su prueba privada de Londres, rindiendo tributo a la notablemente buena labor interpretativa de sus actores, empezando por Warner (H. B.).

«La película refiere la historia de Sorrell, abandonado por su esposa y sin trabajo, teniendo que cuidar de su tierno hijo. Hay muchas escenas conmovedoras en el film, magníficamente resueltas por el director Jack Raymond, que ha introducido en él una hábil contención. Nada podría ser tan bien realizado como los momentos finales, cuando el muchacho llega a la terrible conclusión de que la muerte es todo lo que puede ofrecer a su padre. Debe recalcar que H. B. Warner vuelve magníficamente por sus fueros, pues su caracterización será más memorable aún que la que realizó en la pantalla muda. Hugh Williams, a quien últimamente ha capturado la Fox, realiza una excelente actuación en el papel de hijo, y entre los nombres de mujer a añadir a los valores del film, hay Margaret Grahame, Winifred Shotton y Ruby Miller, encarnando espléndidamente esta última a la enamorada fondista. El empresario que conozca su oficio tendrá amplia oportunidad de despertar el máximo interés del público femenino, recordándole la novela de Warwick Deeping y el film mudo «El capitán Sorrell» y recalcando la emotividad del argumento que se presta por sí mismo a hacer frases sugestivas. Charman, Londres.

no querer franquearle la entrada, daba un salto con gran impulso para ir a caer sobre las grandes vidrieras, con la consiguiente rotura de cristales y maderas.

El entusiasmo que despertó en los visitantes esta espectacular escena, pues pocos de ellos habían estado antes en ningún Estudio, provocó un estrépitoso aplauso que fué causa de que se hubiese de repetir la escena.

El famoso actor de la M. G. M., Robert Montgomery, se entretiene leyendo, mientras su peluquero le arregla el cabello



Constance Cummings, en una escena del film «Hooking for Trouble», en cuyo reparto figuran Spencer Tracy y Jack Oakie